



REFRACCION

LINGÜÍSTICA MATERIALISTA
REVISTA SOBRE

Refracción. Número 13. Enero-junio de 2026. ISSN: 2695-6918

[Reseña de] Serrano-Dolader, David (2025): *El palabrista creapalabras*, Archi-letras Libros,
250 páginas

Raúl Fernández Santaliestra

Universidad de Zaragoza

r.fernandez@unizar.es

<https://orcid.org/0009-0003-4200-3963>

Recibido: 10/12/2025

Aprobado: 22/12/2025

El palabrista creapalabras, de David Serrano-Dolader (morfólogo y profesor de Lengua Española en la Universidad de Zaragoza), es un libro de un singular y marcado carácter divulgativo. Como el autor hace notar ya al comienzo de su escrito, uno no encontrará en él *sesudas notas a pie de página*, ni tampoco *abrumadoras referencias bibliográficas* (pp. 26-27). Tampoco –me aventuro a decir– habrá lector alguno que halle en sus páginas profundísimas disquisiciones teóricas sobre las más complejas y articuladas propuestas analíticas que unos y otros especialistas han desarrollado para enfrentarse a los abstrusos problemas que nos plantea el lenguaje humano. En realidad –y permítame que adopte este relajado tono *doladeriano*– estamos en esta ocasión ante un libro de amor, amor por la morfología léxica del español –o por *la prodigiosa máquina creapalabras del sacrosanto idioma español*, si prefiere usted la terminología *serranil*–.

Como se va a comentar a lo largo de esta reseña, no son pocos los aspectos destacables del libro, pero me gustaría valorar de inicio –simpatizando con la lúcida imagen que imprime Ignacio Bosque en el prólogo– lo que considero uno de los logros más destacables del autor: escribir un texto que abarca gran parte del área de estudio en cuestión (la morfología léxica del español), pero que es, a su vez, verdaderamente valiente y consecuente en sus pretensiones divulgadoras, un aspecto determinante –entiendo– para la efectividad y valor del mismo. Como digo, me uno en este sentido a las impresiones que comparte Bosque en el prólogo, cuando comenta que no siempre que un especialista busca adoptar un tono divulgativo para tratar temas que esconden una cierta complejidad el resultado es el esperado, pues nunca es sencillo abandonar las armaduras teóricas y los escudos terminológicos para atrapar al lector no iniciado. En otras palabras: la divulgación –la buena– no solo es tarea compleja, sino también para valientes. Y David Serrano-Dolader exhibe en *El palabrista creapalabras* estas virtudes. Ciento es que el objetivo que se propone –que se enamore usted de la sacrosanta máquina– no es sencillo, pero si hay un libro –*librito* o *librazo*, pero no *librucho*– para que salte esta *morfochispa* en la venerable mente del curioso lector –o al menos para que se reconcilie usted con el tema tras aquellas viejas y acaloradas disputas escolares—, ha de ser este, francamente.

Dicho esto, vayamos con la estructura. El libro está compuesto de un total de 46 “píldoras” de curioso conocimiento morfológico y tono relajado y afable –cómico en ocasiones–. Estas

están repartidas de manera dispar en seis apartados¹, cada una con su nombre artístico –un ingenioso juego de palabras de orientación morfológica que suele presentar los datos a tratar: «Vida y milagros del jefe indio *Torico Sentadico*»– y un (sub)título solemne que orienta temáticamente al lector más cartesiano –«Sobre los sufijos gradativos-apreciativos I». Como digo, excepto festivo, un apartado para cada día de la semana:

- I) Algunas cuestiones generales
- II) La prefijación en español
- III) La sufijación no apreciativa en español
- IV) La sufijación apreciativa en español
- V) La composición en español
- VI) Otros procedimientos lexicogenéticos en español

En relación con la estructura, he de destacar otra de las virtudes del libro: la particularidad de poder ser consumido como lectura *de picoteo*, como propone el mismo Serrano. Es decir, que el lector puede abrir el índice y escoger en cada ocasión una de las 46 opciones que este le brinda, si es que ese es su ánimo. Sin embargo, es justo comentar que lo más recomendable –desde mi perspectiva y, sobre todo, si son los primeros escarceos morfológicos del lector– es comenzar, como suele dictar la lógica, por el principio. El motivo es que el libro, aunque ciertamente no sigue una progresión temática de manera estricta, ni tampoco presenta la estructura propia de una empresa de investigación –no se antepone, a la investigación particular, un marco teórico de imprescindible lectura–, sí tiende con buen gusto a introducir las nociones teóricas antes de utilizarlas sin explicación particular en los análisis de corte más empírico –o a hacerlo, al menos, de forma integrada a medida que se presentan los datos a lo largo del libro–. De esta manera, Serrano se asegura de pertrechar siempre al lector con las herramientas analíticas necesarias para poder utilizar posteriormente esos recursos teóricos en su reflexión sobre el terreno. En este sentido, otro detalle de mucho valor para un libro de estas características es que todo esto se hace –de nuevo, como dice Bosque– *subrepticiamente y como quien no quiere la cosa* (p.17). Es decir, que el lector neófito va entrando en contacto con unas nociones

¹ Además del prólogo de Ignacio Bosque, que pasa revisión médica al estado de salud actual de la enseñanza de la morfología con el elegante bisturí intelectual que acostumbra.

analíticas –supuestamente– desconocidas a medida que el libro avanza, pero sin la necesidad de afrontar farragosos episodios de exclusivo carácter teórico, sino de forma híbrida e integrada, mediante un trabajo de campo hábilmente pautado y comentado –que no resuelto– por el autor.

El primer ejemplo de esta manera de proceder se encuentra nada más comenzar el libro, en el apartado **I. Algunas cuestiones generales**, que contiene cuatro capítulos de calentamiento dedicados a contextualizar la obra (perspectiva, objetivos y métodos) y prestar al lector los instrumentos teóricos mínimos para un correcto disfrute de la misma. En este sentido, en las presentaciones de **I.1** Serrano marca como objetivo el logro de un *docere delectando* fundamentado en una reflexión lingüística construida desde la palabra –desde el dato–. Dicho de otra manera, el autor se compromete en estas páginas con un estilo inquisitivo –aunque afable y jocoso– que se asienta sobre la confección de la pregunta en la observación empírica y se prioriza continuamente a sí mismo frente a la tentación de ofrecer la respuesta. El logro está en que esta visión se mantiene verdaderamente a lo largo de todo el libro. Tras esta declaración de intenciones, los tres siguientes capítulos están dedicados –sin por ello traicionarse– al bautismo teórico del lector. De esta manera, se introducen, a través del dato y con una narración amable y juguetona, algunas nociones analíticas esenciales, como la oposición transparencia-opacidad formal y semántica en derivados y compuestos (**I.2**) y la polisemia (**I.3**) y sinonimia (**I.4**) *afijales*, como dice el autor tomándose cierta licencia. Como digo, destaca la cuidada y medida dialéctica entre lo teórico y lo empírico que despliega Serrano constantemente. Gracias a ella se consigue que el lector comience a interiorizar sin esfuerzo consciente cuestiones de considerable importancia teórica y metodológica para la materia: desde la necesidad de discernir entre una perspectiva diacrónica y sincrónica cuando se trata de analizar morfológicamente la estructura interna de una palabra (**I.2**), hasta el concepto de *composicionalidad* o sus propiamente denominados *afijos poliédricos*² en (**I.3**), pasando por la noción de ambigüedad estructural

² Otro de los puntos fuertes del libro es su honestidad intelectual, pues se reconoce la simplificación excesiva por motivo divulgativo siempre que corresponde. Por ejemplo, en este capítulo se deja claro que la denotación específica de una palabra derivada está estrechamente relacionada con las características léxico-semánticas de la base seleccionada por el afijo y por nuestro conocimiento del mundo extralingüístico, de manera que las polisemias que se encuentran a nivel de palabra no dependen únicamente de la naturaleza *poliédrica* del afijo en cuestión. Es más, como se señala en el texto, en ocasiones podemos encontrarnos ante casos de homonimia –es decir, dos piezas distintas que se pronuncian igual, como *hola* y *ola*– afijal, tal y como sucede con el sufijo *-ería* en *chulería* y *hamburguesería*: en el primer caso tenemos un nominalizador deadjetival que aporta un significado de ‘cualidad’, mientras que el segundo se trata de un sufijo –no nominalizador, pues ya selecciona sustantivos– que genera sustantivos denominales con un significado de ‘lugar’.

aplicada a la formación de palabras en español –*deshumedecimiento*³ puede servir para abrir boca– y una noción matizada⁴ de economía lingüística en (I.4)

Tras las presentaciones, el repaso *per se de la prodigiosa máquina* comienza con los cuatro primeros capítulos que componen el bloque **II. La prefijación en español**, agrupando los distintos prefijos del español en grupos semánticos: prefijos espaciales y temporales (**II.1**), gradativos-apreciativos (**II.2**), de negación (**II.3**) y de cantidad (**II.4**). Esta clasificación semántica facilita la comprensión del lector no iniciado, así como su orientación dentro de la obra, permitiendo la selección de pasajes en función de un interés más intuitivo. A nivel de contenido, el capítulo **II.1** puede ser de particular interés para el lector con inquietud por los aspectos que estructuran el pensamiento humano y sus lenguas naturales, ya que Serrano reflexiona sin grandes complejidades –y siempre a través del dato curioso: ¿se había fijado usted que una *antesala* es la *estancia previa a la sala* del mismo modo que *anteayer* es *el día previo a ayer*?– sobre la doble noción de *ubicación físico-temporal* y cómo se materializa en la lengua el proceso de abstracción o metáfora cognitiva que va de la primera a la segunda. El segundo, **II.2**, destaca por su tratamiento de la expresión morfológica de la ponderación y la subjetividad –o su desarrollo en el hablante– y la paralela relación cognitiva subyacente entre tamaño y expresión de la afectividad a través de ejemplos como *sobrehumano* o *subempleo*, que –notará– no significan exactamente *lo que está encima de lo humano ni lo que está debajo del empleo*. Por su parte, del complejo –y buena cuenta de ello puede dar el prologista del libro– mundo de la negación, visitado en **II.3**, sobresalen la exemplificación de la gran variedad de afijos que codifican este valor (*sin-, in-, anti-, des-, contra-, pseudo-, cripto-*, etc.) y la sencilla explicación que hace Serrano sobre las distintas precisiones nacionales del concepto general de negación que dichos afijos pueden aportar (‘negación’, ‘privación’, ‘oposición’, ‘exclusión’, ‘contrariedad’ o

³ Fíjese que se suele tratar de casos con más de un afijo cuya ambigüedad depende del “orden” en el que se han sucedido las etapas derivativas que han dado lugar a la palabra que se analiza –o más técnicamente: de su jerarquía estructural interna–. El caso de *deshumedecimiento* es claro: los dos significados posibles que presenta (‘falta de humedecimiento’ y ‘acción de deshumedecer’) son totalmente regulares y derivables por la gramática interna de cualquier hablante de español porque dependen de lo que Serrano llama *cadenas derivativas*. Llamamente, que en el primer caso se ha derivado en primer lugar *humedecimiento* –por sufijación– y de ahí se ha derivado finalmente *deshumedecimiento* por prefijación –el resultado: ‘falta de *humedecimiento*’; mientras que el segundo significado se deriva del sentido opuesto (*deshumedecer>deshumedecimiento* = ‘acción de *deshumedecer*’). La explicación de Serrano es clara e iluminadora; invito al lector no iniciado a acudir a ella para una mejor comprensión del fenómeno.

⁴ ¿Había usted reparado alguna vez en que la lengua española dispone de al menos 6 sufijos distintos (*-oso*, *-ado*, *-izo*, *-uzco*, *-áceo*, *-ento*) para una noción tan específica como ‘dicho de un color, que tira o tiende hacia él’? Y fíjese que el inglés y el alemán –con *anglosajones*, *ahorrativos* y *maquiniales* léxicos europeos– solo cuentan con uno: *greenish*, *bluish*; *grünlich*, *bläulich*.

‘separación’). La clasificación semántica del mundo prefijal hispánico finaliza en **I.4** con un curiosamente exemplificado repaso a las nociones de ‘cantidad’ o ‘número’ y su relación con las formas prefijales del español, tanto aumentativas como diminutivas. ¿Conocía la serie de *bikini*, *trikini*, *burkini*, *tankini*, etc.? Etimología popular que nos regala el autor.

El apartado continúa con un quinto capítulo enfocado en los llamados *prefijos RE-* (**II.5**), quedando el sexto y penúltimo para *algunos otros prefijos del español* (**II.6**) y el terminal para el subrayado de ciertas particularidades de la prefijación en el español de Hispanoamérica (**II.7**). De estos tres diré poco, no por falta de interés, sino de espacio. El **II.5** es uno de los más completos hasta el momento, pues Serrano lo dota incluso de alguna curiosidad tipológica que relaciona estos prefijos, que codifican cierto valor aspectual, con las lenguas eslavas, y estudia su incompatibilidad con los verbos de estado. El pasaje es un ejemplo extraordinario de divulgación relajada y cercana, pero de gran fundamento teórico y destacable carácter sugerente. Del penúltimo, **II.6**, sobresale principalmente su llamativa construcción a modo de curioso picoteo o muestrario de algunas de las particularidades que exhibe la derivación por prefijación en español. Eso sí, como se promete al inicio, siempre a través de preguntas que nacen del dato: ¿qué entiende usted por *autolavado*?; ¿por qué la *telegestión* no es lo que hace uno los domingos desde el sofá tras ver al Real Zaragoza –aunque no suela ser sencillo gestionar sus resultados deportivos–? En fin, el apartado finaliza en **II.7** con una recolección de peculiaridades –o comunidades, en función de sus raíces– de la prefijación en el español de Hispanoamérica: ¿considera que *re-* es un prefijo como cualquier otro, cierto? Ejemplos como *relindo*, *redivertido* –podría argüir– así lo avalan. Le invito a leer el capítulo tras leer este par de sorprendentes ejemplos que nos regala Serrano: *está re de moda* o *re que lo hago porque quiero*.

La terapia morfológica continúa con el apartado **III. La sufijación no apreciativa en español**, que es el más extenso de todos, pero que se puede consumir paulatinamente en moderadas dosis encapsuladas según las tradicionalmente conocidas como categorías léxicas: sustantivo (1-6), adjetivo (7-11), adverbio (12) y verbo (13-20). Así pues, al sustantivo sufijado se dedican los primeros seis capítulos del apartado. Concretamente, se abordan agrupadamente los derivados nominales con valor de ‘acción y efecto’ (**III.1** para el español europeo y **III.2** para el hispanoamericano), ‘cualidad, estado y condición’ (**III.3**), ‘persona, instrumento y lugar’ (**III.4**) y ‘tiempo, conjunto y lugar’ (**III.5**), así como una serie de curiosas puntuaciones sobre los sustantivos sufijados del español de Hispanoamérica (**III.6**). En este sentido, los dos primeros

capítulos (**III.1** y **III.2**) constituyen un notable ejemplo de la manera en la que Serrano introduce nociones teóricas de relativa complejidad mediante la presentación de problemas morfológicos derivados del dato llamativo. Así, en ellos no solo se reflexiona sobre la complejidad conceptual que esconde la etiqueta de ‘acción y efecto’ –aprecie que la materialidad del efecto designado tiene un impacto en la dificultad de discernir el doble sentido de la propia etiqueta–, sino que también se introducen, explican y trabajan, *como quien no quiere la cosa*, nociones como *alomorfía*, *herencia latina*, *bloqueo morfológico*, *regularidad*, *idiosincrasia* o *direccionalidad derivativa*. Por su parte, **III.3** y **III.4** son paralelos en esencia: ambos parten de la nutrida nómina sufijal del español (*-ía*, *-ia*, *-dad*, *-ez*, *-eza*, *-or*, *-ura*, *-ería*, *-ismo*, etc., el primero; y *-dor/-dora*, *-dero/-dera*, *-ero/-era*, *-torio/-toria*, *-ario/-aria*, *-ente*, *-ista*, etc., el segundo) y se plantean interesantes y sugerentes preguntas para captar la atención del lector y reflexionar, posteriormente, sobre ciertos debates teóricos al respecto: ¿por qué *belleza* y *delgadez* y no *bellez* y *delgadeza*?; ¿qué diferencia los dobletes semánticamente especializados del tipo *simplicidad* y *simpleza*?; ¿qué sutilezas lingüísticas diferencian triadas como *bebedor*, *profesor* o *usurpador*?; ¿cómo interpretamos los distintos sentidos de palabras formalmente idénticas en oraciones como *el jardinero se compró una regadera nueva para cuidar las flores de su invernadero*? Fíjese que en este último caso tenemos tres nociones (persona/profesión, instrumento y lugar) con un sufijo: *-ero*. Para descubrirlo le recomiendo que lea estos capítulos, aunque ya le advierto que se da en el libro cierta tendencia a la pregunta, más que a la respuesta –pero solo *cierta*, que Serrano se presta al servicio–. De hecho, esto se aprecia con claridad en **III.5**, que comienza con dos sufijos *bimotor* (*-ía* y *-ería*), es decir, de doble semántica⁵. Este primer bloque categorial dedicado al nombre cierra con una buena dosis de morfología hispanoamericana en **II.6**, donde Serrano nos regala variantes nominales de todo lo visto hasta el momento. Algunas de ellas se derivan de bases particulares del territorio hispanoamericano –de *pelotudo* tenemos *pelotudez*– y otras son exclusivas –por distintos motivos– del citado territorio: *lejura*, *pobrecía*, *yoquepierdismo*, *apagador*, *cuentapropista*, *promesante*, *piberío*, *puntuaje* y un larguísimo etc.

Por su parte, y si es el adjetivo sufijado lo que le interesa, puede usted leer los siguientes 5 capítulos. Descubrirá de forma ligera particularidades sobre los usos calificativos (**III.7**) y

⁵ Tan cierto es que tener la *ciudadanía española* viene a significar *poseer la cualidad de ser ciudadano español*, como el hecho de que todas las personas que conforman la *ciudadanía española* –el colectivo– tienen también, lógicamente, la primera cualidad.

relacionales (**III.8**) de los adjetivos sufijados del español, así como ciertas precisiones de interés sobre el sentido activo y/o pasivo de dichas formas (**III.9**). Además, encontrará también una breve pero sugerente reflexión sobre la discusión del posible origen participial de algunos de estos adjetivos (**III.10**) y, cómo no, el correspondiente picoteo de estas sufijadas y adjetivas aventuras en su versión hispanoamericana (**III.11**). En los primeros pasajes, y aunque la oposición entre adjetivo calificativo y relacional es realmente más compleja de lo que parece, Serrano adopta una posición descriptiva muy asequible para el lector y se vale de ella para clasificar la nómina de adjetivadores que exhibe el español: *-oso*, *-ento*, *-izo -udo*, *-ón* y *-uno* en **III.7** para los calificativos –o *los de toda la vida* (p.110), como dice el autor– e *-ico*, *-ífico*, *-ista*, *-all-ar*, etc. en **III.8** para los relacionales. En este sentido, el autor presenta de forma sencilla un simplificado pero operativo concepto de adjetivo relacional –algo escurridizo en las etapas escolares– y matiza su oposición con el de adjetivo calificativo, ya que es bien sabido que puede darse alternancia entre uso calificativo y/o relacional en función del contexto gramatical (*tos perruna* y *comida perruna*). Esto supone –ya en los intereses del libro– que muchos de los adjetivadores presentados aparecerán en casos de lectura calificativa y relacional⁶. Dicho esto, merece la pena valorar en este momento –para hacer justicia al libro con esta reseña– que a lo largo del pasaje el lector ha reflexionado sobre la lengua manejando de forma simultánea conceptos sintácticos, semánticos y morfológicos sin la necesidad de que estos hayan sido presentados ortodoxamente, lo que –a mi juicio– es un halago para el libro que tenemos entre manos. Y lo mismo ocurre en el siguiente par de capítulos, **III.9** y **III.10**. En el primero Serrano analiza la oposición entre derivados de sentido activo (*trasnochador*, ‘que trasnocha’) y pasivo (como *divisible* ‘que puede ser dividido’), representados principalmente por los sufijos *-dor* y *-ble*, con una exposición clara y amena –como en todo el libro– e incluyendo –lo mismo– algunos detalles que puede resultar sugerentes para el lector neófito: una subdivisión formal y semántica de los adjetivos en *-ble* y una reflexión sobre *-nte* en relación con la distinción de las copulas *ser* y *estar* –las buenas ideas pueden ser brillantes, pero no *estar brillantes–. Del segundo, destacado en el mismo sentido, subrayo el trato que da el autor al debate sobre el posible origen participial de los adjetivos en *-ado*, que suelen expresar posesión o semejanza (*huracanado*, *rosado*, *jorobado*). La cuestión no es sencilla, pero su exposición es asequible y

⁶ Aunque, como señala el autor, existe una tendencia hacia la especialización categorial distintiva del par de afijos adjetivadores que seleccionan la misma base: *brazo muscul-oso* y *fibra muscul-ar*.

—quizás lo más importante— heurística y sugerente. El grupo categorial cierra finalmente en **III.11** con el tradicional picoteo hispanoamericano, donde Serrano propone tres platos inspirados en los contenidos recién tratados; sin embargo, puesto que trato de no ser *maldoso* —ni *maldadoso* tampoco—, no le destriparé este *gustable* pasaje.

Al adverbio derivado, *tristemente*, solo se le dedica un capítulo (**III.12**), en el que se tratan distintas cuestiones relacionadas con la formación con *-mente*, el único morfema en español capaz de crear derivados adverbiales. A pesar de la brevedad —*lo bueno, si breve, dos veces bueno*—, el capítulo analiza sucintamente las particularidades del adverbializador *-mente* y está repleto de interesantes preguntas que conectan con temas de mayor calado en el estudio de la formación de palabras en español: ¿cómo se puede explicar la elisión del sufijo en el primer término de un sintagma coordinado del tipo *tranquila y serenamente*?; ¿qué determina la selección de bases que realiza este particular sufijo adverbializador? o ¿por qué *seguramente* no significa ‘de manera segura’ en ejemplos como *seguramente iré mañana*? *Ciertamente*, un capítulo que deja al lector con ganas de más, lo que —de nuevo— me parece uno de los grandes méritos de un libro divulgativo de este perfil.

Tras la cuestión adverbial, se dedican unos capítulos al repaso de los derivados verbales en español, aspecto tratado de manera particularmente fina; como, por otra parte, no podía ser de otra manera —y si no me cree, consulte su capítulo en la *Gramática Descriptiva de la Lengua Española* (1999), entre otras obras del autor—. El grupo comienza con unas intensas presentaciones (**III.13**) en las que el lector conocerá los procedimientos de verbalización en español —con su correspondiente clasificación y nómina afijal— y tendrá ocasión de reflexionar junto al autor sobre la estructura morfológica de las formas verbales y cómo esta deriva distintos significados —no es lo mismo *des-nivel-ar* que *des-nivelar* o que *desnivel-ar*—. A partir de ahí, se seleccionan para análisis 5 sufijos y dos esquemas parasintéticos: *-ear* (**III.14**), *-ar* (**III.15**), los esquemas parasintéticos de *[EN-X-AR]* y *[A-X-AR]* (en **III.16** y **III.17**, respectivamente) y la triada final de *-ecer* (**III.18**), *-izar* (**III.19**) e *-ifar* (**III.20**). Todo ello, por cierto, con miras a ambos lados del Atlántico, que es de agradecer.

Los dos primeros, *-ear* y *-ar*, son parecidos, pero no idénticos. Serrano destaca del sufijo *-ear* en **III.14** su increíble productividad en español debido a su poca exigencia a la hora de seleccionar las bases con las que se combina —pronombres (*vosear*), nombres propios (*quijotear*) y préstamos (*chatear*) incluidos—; mientras que de *-ar* (**III.15**) sobresale la escasa o nula

orientación semántica que aporta al derivado. De este último se sucede una interesante reflexión sobre la causatividad de sus formaciones deadjetivales y la estructura argumental que estas despliegan, ambas bien adaptadas para la ocasión y desarrolladas con buen tino a través del dato, la pregunta y el ya habitual tono afable y relajado del libro. Por su parte, de los esquemas parasintéticos (**III.16** y **III.17**) destaca el tratamiento que hace Dolader del valor causativo que poseen la mayoría de las formaciones deadjetivales en *[EN-X-AR]* –de *dulce, sucio* y *gordo* tenemos *endulzar, ensuciar* y *engordar*, respectivamente; es decir, ‘hacer o poner *dulce/sucio/gordo algo*’–, así como su curiosa derrota frente a otros procedimientos de formación de palabras (*entristar > entristecer*–). No obstante, desde mi punto de vista, el aspecto de este pasaje que puede resultar más atractivo para el lector no iniciado lo encontramos en las formaciones denominales parasintéticas de valor causativo del tipo *endiosar a alguien*, ya que –curiosamente– en estos casos no hay nueva deidad, solo alguien a quien se le otorgan ciertas características prototípicas del sustantivo designado por la base. Y si se pregunta –ya desesperado– por qué entonces *enlatar a alguien* no suena tan bien, le recomiendo acudir al libro –¡las cosas que tiene la gramática!–. Finalmente, para cerrar la parasíntesis, diré menos del esquema *[A-X-AR]* porque su formación parasintética deadjetival es transparente y productiva –*aferir, alocar, atontar*– con un valor principalmente causativo y, además, presenta paralelos casos denominales de predicación de las propiedades prototípicas del sustantivo base sobre el complemento –*atigrar, aflautar*–.

Por último, el grupo verbal regresa a la sufijación en el capítulo **III.18** para el análisis de la formación de verbos denominales y deadjetivales mediante el sufijo *-ecer*. Como acostumbra Serrano, el capítulo cuenta con alguna curiosidad dirigida a llamar la atención del lector no iniciado: la tendencia a aparecer en formaciones parasintéticas cuando la base es bisílaba (*embellecer, endurecer*) y de forma únicamente sufijal con bases de mayor cómputo silábico (*humedecer, palidecer*) o –y quizás lo más destacable de este esquema derivativo– su capacidad para expresar anticausatividad sin complemento ni pronominalización (*el zaragocismo enloquece*). Tratamiento similar se da a *-izar* en **III.19** y a *-ifcar* en **III.20**. A nivel de contenido, del primero –un sufijo, como dice Serrano, internacional: fr. *-iser*, ing. *-ize*, al. *-isieren*– se puede destacar, más allá de su altísima productividad y su inclinación a derivar verbos de adjetivos ya derivados, su especificidad causativa en las formaciones deadjetivales frente a su mayor variedad nominal (*caramelizar, motorizar, hospitalizar, protagonizar*). Ya del segundo, y por no

extenderme demasiado, diré únicamente que considero que el enfoque más diacronicista con el que Serrano trata al sufijo cultista *-ifar* (de *-IFICARE*) y su variante patrimonial *-iguar* –con dobletes del tipo *pacificar/apaciguar* o *santificar/santiguar*– puede funcionar óptimamente como gancho al lector –en el sentido positivo–, ya que la etimología y el desarrollo formal de las voces a lo largo del tiempo y la historia suele ser un tema que goza de mayor interés y atención general. Con respecto a todas estas historias verbales, pero *de allá*, se aportan llamativas alternativas para el hablante europeo a lo largo de los pasajes recién reseñados: *urdear, abuelear, panfletiar, matrimoniarse, prudenciar, adversar, empalidecer* en lugar de *palidecer, alrededorizar*; etc.

Con el apartado **IV. La sufijación apreciativa en español** se abre un paréntesis y se cambia de tercio con 5 capítulos que repasan sutilmente los ámbitos clásicos de la sufijación apreciativa del español: los sufijos gradativos-apreciativos y sus restricciones (**IV.1-3**), los diminutivos (**IV.4**), los aumentativos y despectivos (**IV.5**). Tras ello, se pasa revista a la sufijación apreciativa en Hispanoamérica (**IV.6**) y se dedica un capítulo final al conocido debate sobre los sufijos superlativos en español (**IV.7**).

Los dos primeros capítulos del apartado son una relajada introducción al mundo de la sufijación apreciativa. En el primero (**IV.1**), aunque de forma distendida y adaptada, se analizan el debate sobre el estatus derivativo y/o flexivo de la sufijación apreciativa del español, la prominencia de los valores afectivos frente a los nacionales, su considerable variabilidad diatópica y –llamativamente– la idea de que la sufijación apreciativa puede ser un poderoso desencadenante que facilite el proceso de adquisición morfológica. Por su parte, el segundo (**IV.2**) aporta un decálogo de 12 puntos que pertrecha al lector con los conocimientos teóricos necesarios para sacar partido al resto del apartado. Se estudian pues la importancia del significado de la base, el aspecto pragmático en la definición del valor afectivo, el debate sobre los límites de la sufijación apreciativa en relación con la cuestión del cambio categorial de la base (*abusar>abusón, barba>barbudo, pinchar>pinchazo*) y la inusitada variedad formal y complejidad semántica que exhibe el español en este aspecto: sustantivos (*librazo*) y adjetivos (*gordito*) de forma productiva, pero también adverbios cortos (*hablar cortito*) y gerundios (*callandito*) –estos últimos dos en Hispanoamérica– y formaciones deverbales del tipo *canturrear*. Finalmente, se muestran en **IV.3** algunas restricciones del sistema para la sufijación apreciativa, como la mayor productividad de los nombres concretos con sufijo apreciativo frente

a los abstractos —que a veces ni la permiten⁷—, la cuestión de la claridad semántica —fíjese que hay derivaciones que generan extrañeza por su posible ambigüedad derivativa: *cortauñitas*— y ciertas características fónicas o de estructura morfológica de la base.

Ya sobre los sufijos diminutivos (**IV.4**), Serrano subraya de nuevo la tendencia a que estos no marquen tanto el contenido nocional (tamaño), como el valorativo o subjetivo (cariño, halago, ironía, desprecio, superlación, cortesía, atenuación, eufemismo), lo que da pistas al lector neófito sobre por qué —como dice el autor— un *eurito* no vale menos que un *euro*. E igual de revelador para este último puede resultar la reflexión de Serrano sobre concepto de *lexicalización* y *rediminutivación*, que explica por qué palabras que presentan formalmente un sufijo diminutivo (*tornillo*, *manzanilla*) pueden no expresar tamaño y evaluación, teniendo además la posibilidad de衍生 otras que sí lo hagan (*tornillito* o *manzanillita*). De su tratamiento de los aumentativos/despectivos (-azo, -ón, -ote, -UCHO, -udo) en **IV.5**, puede resultar interesante y llamativo para el lector su explicación del llamado masculino despectivo o desmerecido, con la -o como neosufijo de tremendo potencial despectivo, que, en ocasiones, da lugar a curiosas triadas del tipo *señor*, *señora*, *señoro*. El panorama se amplía en **IV.6** al jardín particularmente fértil de la sufijación apreciativa en Hispanoamérica, como es tradición. Para el hispanohablante europeo, con seguridad, resultará sorprendente que *allí* la ausencia de diminutivos puede interpretarse como descortés, de manera que usos como *mamita*, *¿quiere ahorita un cafecito?* resulten para el hispanoamericano de ciertas zonas, simplemente, neutros. Además, Serrano incluye una compendiosa y evocadora caracterización de los rasgos de mayor notoriedad que diferencian la sufijación apreciativa de *aquí* y *allá*⁸. Finalmente, el apartado se cierra en **IV.7** con el análisis del debate en torno al sufijo formador de superlativos absolutos -ísimo, en ocasiones clasificado como codificador de grado adjetival, pero tratado por Serrano como sufijo apreciativo por su libertad combinatoria y su carga subjetiva. Destaca del pasaje la llamativa recuperación expresiva de -érrimo en usos coloquiales como *buenérrimo* o *guapérrimo*, otro de los recurrentes ganchos empíricos del autor para llamar la atención del lector.

⁷ Excepciones hay: *monarquiíta*, *asquerosidaza*. Aunque más curioso es, como indica Dolader, que la selección de un posible valor concreto —o contable, como sugiere— de una base, en principio, abstracta, facilita la sufijación apreciativa: de *amor*, con el significado de ‘persona amada’, se deriva naturalmente *amorcito*.

⁸ Como botón de muestra solo quería dejar *ahorita* —o *ahoringa*— *unito*, que no quiero resultar intelectualoso, pero *luequito la manito* —o *la manota*—, con sus dedotes, me ha obligado a estito. Me quedo ya quietingo. Adiosito y *chaocito*.

Tras estas apreciadas y apreciativas disquisiciones, llegamos al apartado **V. La composición en español**. En él, Serrano presenta en **V.1** los fundamentos teóricos básicos de la formación de compuestos en español, para seguidamente tratar los compuestos léxicos o univerbales (**V.2**) y los sintagmáticos, tanto preposicionales y de esquema *N+A* (**V.3**), como yuxtapuestos (**V.4**). El apartado cierra con un capítulo dedicado a los compuestos de temas grecolatinos (**V.5**) y el tradicional pasaje de clausura sobre la cuestión hispanoamericana (**V.6**). Todo, como en el apartado anterior, evitando al lector un esfuerzo *ad hoc* para aprender e interiorizar aspectos teóricos o analíticos; yendo siempre desde el dato hasta el aprendizaje a través de la pregunta —y con el tono relajado y jocoso que impregna todo el libro—.

Dolader utiliza al comienzo de **V.1** una extensísima voz compuesta del alemán como gancho al lector —curiosa polisemia— con el objetivo de captar su atención y fijar su interés en el complejo mundo de la composición de palabras en español. Así, el autor parte de la comparación interidiomática para avanzar hacia el picoteo de algunos de los temas clásicos del estudio de la composición en español; desde el propio concepto de *compuesto*, hasta el debate sobre la interpretación de las relaciones sintácticas que se dan entre los constituyentes compositivos. Tras este bautismo compositivo, el lector está preparado para la breve parada de **V.2** en los compuestos univerbales del español, aquellos conformados por una única palabra fonológica o prosódica —esto es, que solo tiene un acento: *cuentakilómetros*, *pelirrojo*, *bienaventurado*—. Serrano presenta en el capítulo las distintas estructuras formales atestiguadas y reflexiona jocosamente sobre la composicionalidad de estas formaciones —fíjese que *matacabras* es un viento y *matasuegras*, curiosamente, un juguete—, sus acortamientos (*buscapersonas*>*busca*), rivalidades morfológicas (*abrebottellas* vs. *abridor*) y bloqueos por incompatibilidades varias. Tratamiento paralelo se desarrolla en **V.3** para el concepto de compuesto sintagmático, que queda definido simplificadamente como el conjunto heterogéneo de unidades léxicas pluriverbales cuyo comportamiento gramatical se asemeja en cierto sentido al de palabras unitarias. Se organizan los datos —que Serrano opone analíticamente a estructuras sintagmáticas compositivas, regulares y vivas en la sintaxis para mostrar al lector neófito el contraste en crudo—, preguntas y explicaciones sobre la base de dos modelos (preposicional: *traje de luces*, *piel de gallina*, *puente de plata*; de estructura [N+A]: *martirio chino*, *buena fe*, *carta blanca*). En el mismo sentido continúa el capítulo **V.4**, centrado más bien en la revista de los compuestos sintagmáticos yuxtapuestos, tanto nominales apositivos (*pájaro mosca*, *decreto ley*, *juez estrella*), como

nominales coordinados (*falda-pantalón*, *salón-comedor*, *rey-filósofo*) y adjetivales (*político-económico*, *jurídico-laboral*, *turco-chipriota*). Por su parte, el capítulo **V.5** se dedica a los temas cultos grecolatinos –o bases compositivas cultas–, aspecto de particular interés que el autor concentra en la explicación de la naturaleza no afijal de estos elementos, como se justifica diligentemente apelando a su combinabilidad endogámica –*etólogo*, *filólogo*, *geógrafo*–, libertad posicional –*cinéfilo* y *filofascista*, *tipólogo* y *logotipo*– y potencial para constituir base de derivación formando palabra al recibir un afijo –*ágrafo*, *grafía*, *grafismo*–. Y para cerrar el apartado, como en otras ocasiones, se ofrece en **V.6** una panorámica de los temas tratados con especial y particular interés por el contraste con los datos hispanoamericanos. Serrano regala en este pasaje ejemplos tan llamativos –para el hispanohablante europeo– y expresivos como *arañagato*, *alcohol panza*, *lava y secarropas*, *sanalotodo* o *chupachupa*, que cierran el apartado con una notable y agradable viveza descriptiva que no permite el despiste del lector.

Por último, el libro finaliza con el apartado **VI. Otros procedimientos lexicogenéticos en español**, donde Serrano aborda el tema de la acronimia y/o cruces léxicos (**VI.1**) y ciertos aspectos sobre las colocaciones (**VI.2**). Del primero –y para beneficio del lector no iniciado– se da una definición que huye de las complejidades teóricas y terminológicas que supone el fenómeno: procedimiento de creación de palabras que consiste en configurar una palabra nueva a partir de –normalmente– dos unidades léxicas que ven acortado –o al menos una– su significante (*docudrama*, *eurocracia*, *ofimática*, *Eurafrasia*, *pilaborcidio*, *seatón*, *usamericano*, *aplicablecer*, *bit*, *tergalo*, etc.). Y recogiendo el espíritu juguetón del libro, destacaré también de este capítulo –más allá de cuestiones categoriales y particularidades varias tratadas por el autor– la cuestión de los hipocorísticos, el concepto de *hápax* y, especialmente, los juegos léxicos que posibilita el fenómeno: *pretendiente > pretenmuela*. Como digo, el libro cierra con el capítulo **VI.2**, dedicado a las colocaciones, fenómeno de gran interés teórico porque se ubica a medio camino entre la morfología –los compuestos sintagmáticos estudiados– y la sintaxis –las estructuras sintagmáticas de plena libertad–. Son casos de solidaridades léxicas de cierta idiosincrasia lingüística como *enemigo acérximo*, *soltero empedernido*, *refrescar la memoria* o *celebrar una reunión*, que suenan más naturales –para el hablante nativo– que alternativas próximas como *enemigo tenaz*, *soltero permanente*, *airear la memoria* y *tener una reunión*. Si usted siempre se ha preguntado por qué le costó tanto memorizar esa vieja lista de *collocations* para su examen de inglés de turno, le invito a leer el capítulo.

En definitiva, *El palabrista creapalabras*, de David Serrano-Dolader, supone un destacado aporte para la biblioteca de la divulgación lingüística, no solo por su calidad intrínseca –que ya ha sido destacada–, sino también porque cubre un segmento que no se ha tratado tradicionalmente con el tino necesario: el del público no iniciado, pero curioso y dispuesto. Para ellos es este libro, que no presupone apenas conocimientos lingüísticos previos, es de ligera lectura, jocoso, rupturista e, incluso, cómico en ocasiones. Eso sí, sin renunciar a la exhaustividad, el rigor científico y la honestidad intelectual que se espera de un académico como Serrano-Dolader, que –para mí– alcanza en esta obra ese tan escurridizo *docere delectando* que se marcaba como objetivo en las primeras páginas. Considero pues, que el libro va a resultar intrigante y sugerente para todo aquel lector que se haya preguntado en alguna ocasión uno de esos *por qué así y no así* de su lengua: ¿por qué los hermanos Gasol, que pasan sobradamente de los dos metros de altura, pueden ser *altamente peligrosos* desde la línea de 3, pero no pueden *caminar altamente por la pista* –a pesar de que no parece posible que tengan otra manera de hacerlo debido a su extraordinaria estatura–?, ¿por qué el *matasuegras* no es el lamentable oficio de asesinar a la madre de la pareja, mientras que el *matarratas* es una sustancia que –efectivamente– elimina roedores, aunque el *matachín* siga sin ser algo o alguien que *mate chines*, sino solo un simpático señor disfrazado?, ¿por qué cuando se proclama al *bicampeón* no son dos los laureados? o ¿por qué a nosotros, zaragozanos, nos commueve tanto el *gatico*, pero no el *político*? Si usted se ha hecho alguna de estas preguntas –o si desea estudiar para *nombrador* o *ponenombres*–, le recomiendo sinceramente el libro.